

CAPÍTULO IX

(1523—1525)

Nueva rebelión de la provincia del Pánuco. — Muerte de españoles. — Afflictiva situación de la villa de Santi-Esteban del Puerto. — Cortés manda á Gonzalo de Sandoval á pacificar la provincia del Pánuco. — Marcha de Gonzalo de Sandoval. — Su llegada á la villa de Santi-Esteban. — Operaciones militares. — Derrota de los sublevados. — Murmuraciones de los de Garay. — Castigo bárbaro que impone Sandoval á los rebeldes. — Llega al Pánuco el alcalde Diego de Ocampo. — Destierro de los capitanes de Garay. — Regreso de Sandoval á México. — Manda Cortés á Cristóbal de Olid á la conquista de las Hibueras. — Olid desde el camino comienza á pensar en levantarse con la armada. — Aliéntanle para ello los parciales de Diego Velázquez. — Llegada de Olid á las Hibueras. — Fundación de la villa del Triunfo de la Cruz. — Gil González de Avila puebla San Gil de Buenavista. — La Audiencia de la Española escribe al rey temiendo rompimientos y escándalos entre los conquistadores de las Hibueras. — Por las reales provisiones que recibe la Audiencia, manda al Br. Pedro Moreno al continente. — Gil González de Avila y Cristóbal de Olid forman alianza. — Cortés arma una expedición para castigar á Olid. — Confía el mando de ella á Francisco de Las Casas. — Sale Las Casas con la armada para las Hibueras. — El teniente gobernador de la isla de Cuba, tiene noticia de la expedición. — Llega la armada de Las Casas al Puerto de la Sal. — Las Casas apresa dos navíos en las aguas del Triunfo de la Cruz y cañonea al pueblo. — Manda comisionados á Cristóbal de Olid que no consiguen hacer arreglo. — El viento norte hace zozobrar la escuadra de Las Casas. — Sálvase éste y cae prisionero en poder de Cristóbal de Olid. — Sublévase un capitán de los de Olid con alguna tropa. — Gil González de Avila va á hablar á Cristóbal de Olid. — Este le retiene prisionero. — Asesinato de Cristóbal de Olid.

Ni la muerte de Francisco de Garay, ni las desgracias de la expedición que condujo á Nueva España, fueron parte á impedir las tristes consecuencias que aquella empresa mal aconsejada debía traer sobre los habitantes de la provincia del Pánuco.

Al separarse Garay de Santi-Esteban del Puerto, dejando su lugar y sus poderes á su hijo mayor, dejó también el germen de la indisciplina y discordia; porque si él no fué poderoso á enfrenar la turba de aventureros que de las islas había traído, el hijo, con menores aptitudes y sin los antecedentes de haber levantado aquella gente y haber hecho los gastos de la expedición, lo era sin duda mucho menos.

Dividiéronse, pues, pretendiendo, si no el mando general de los que de Garay habían quedado, sí al menos el de un grupo, muchos de los que por principales se tenían en aquella expedición.

Fueron ellos Juan de Grijalva, que había venido mandando la armada, Gonzalo de Figueroa, Alonso de Mendoza, Lorenzo de Ulloa, Juan de Medina, Juan de Villa, Antonio de la Cerda y un Tobarda de quien Bernal Díaz dice que era el más bullicioso de todos los del real de Garay.

En partidas de quince y veinte hombres, y bajo el mando de esos ú otros capitancillos, y sin tener en cuenta las órdenes del hijo de Garay y las prevenciones

de los alcaldes de Santi-Esteban, vagaban aquellos soldados por los pueblos haciendo fuerza á las mujeres, robando cuanto encontraban y maltrataban sin causa ni justicia á los naturales del país.

Motivó esto una insurrección que se extendió rápidamente por toda la provincia, tomando proporciones tan alarmantes, que no valieron para sofocarla ni la resistencia de los soldados de Garay ni el esfuerzo de los alcaldes y vecinos de Santi-Esteban del Puerto.

Más de cuatrocientos españoles perecieron, contándose entre ellos no sólo de los de Garay sino de los de Hernán Cortés. Los insurrectos combatían más que con valor con desesperación; crecido era su número, y muchas veces sorprendieron descuidados á los españoles: por eso no podían resistir los que en pequeños grupos andaban fuera y lejos de la población, y casi todos perecieron.

Hubo noche en que los indios, atacando repentinamente á una tropa de españoles, quemaron cuarenta hombres y mataron quince caballos.

La misma población de Santi-Esteban del Puerto estaba bloqueada y á punto de perderse; defendíanla con acierto y energía, acaudillando á los vecinos, siete ú ocho de los viejos conquistadores que habían venido con Cortés, y que hombres eran avezados en esa clase de

guerra y conocedores de las astucias y modo de pelear de sus enemigos.

Los víveres escaseaban en la población; los insurrectos habían cortado todos los caminos impidiendo la provisión de la villa; los vecinos tenían que estar día y noche sobre las armas y en constante vigilancia; había muerto ya en uno de aquellos combates el alcalde Pedro de Vallejo, y sólo los siete u ocho viejos conquistadores, que eran el alma militar de aquella defensa, sostenían la constancia de los vecinos y las ventajas de la posición; pero el estado de la pequeña plaza era triste y peligroso; soldados y caballos estaban tan débiles por la falta de alimento, constantes vigiliias y recio del trabajo, que á punto parecían ya de sucumbir cuando llegó en su socorro Gonzalo de Sandoval con un ejército de españoles y aliados.

Las noticias de la insurrección del Pánuco habían llegado á Cortés por un hombre de á pié que salió huyendo de una de aquellas derrotas. Cortés esperó siete días la confirmación de la nueva. Llególe entonces un mensajero de Tenestequipa refiriendo la muerte de los cuarenta hombres y de los quince caballos, y este mensajero dió detalles de muchos encuentros y de muchas muertes de españoles.

Inmediatamente envió Cortés en auxilio de los de aquella provincia á Gonzalo de Sandoval con cien peones ballesteros y escopeteros, cincuenta de á caballo, cuatro tiros de artillería con abundantes municiones, y en compañía de Sandoval, á dos capitanes de los aliados con quince mil soldados mexicanos y tlaxcaltecas.

Aquella expedición caminó rápidamente hasta llegar á la provincia del Pánuco; pero allí salióle al encuentro grandes tropas de insurrectos y comenzaron los combates. Los españoles que Sandoval llevaba eran en su mayor parte nuevos en la tierra; habían llegado ya después de la toma de México, y como poco acostumbrados á aquellas guerras y menos conocedores de los enemigos, estaban á cada paso á punto de ser arrollados, y necesitaba el capitán español acudir sin descanso á toda la línea de combate cada vez que se emprendía una batalla.

Desesperábase Sandoval con esto que hacía muy lenta y peligrosa la marcha, á pesar de que los aliados mexicanos y tlaxcaltecas causaban daño terrible en el enemigo.

Paso hubo en la montaña que Sandoval no pudo forzar con todo su arrojo, y necesitó simular una violenta retirada hacia México, obligando de este modo á su enemigo á abandonar la posición.

Llegó por fin á Santi-Esteban del Puerto á tiempo oportuno para salvar á los vecinos, y recibido fué allí con las mayores muestras de gratitud y regocijo.

Ocupóse Sandoval en el momento que llegó á la plaza en organizar expediciones para tomar la ofensiva sobre el enemigo, y atender no sólo á la seguridad de

la villa sino á la pacificación de la provincia. Nombró por jefes de estas expediciones á ocho de los antiguos conquistadores, de los cuales sólo se conservan los nombres de tres: Navarrete, Carrascosa y Alamilla. Dividió entre ellos las tropas españolas y aliadas, y ordenóles en dos secciones, que tomando distintos rumbos cuidasen de enviar inmediatamente á la plaza provisiones, y de aprehender á cuantos pudiesen de los enemigos, especialmente caciques y principales de la insurrección, y él quedó en la plaza con los heridos, porque él mismo lo estaba y malamente en un muslo, y había recibido además una pedrada en la cara.

Con buen éxito anduvieron las dos expediciones; presto llegó á la plaza el maíz que había recogido, y no escasearon ya desde entonces los víveres; además comenzaron á entrar en gran número prisioneros, hombres, mujeres y niños. Sandoval sacó de entre ellos á cinco que habían sido jefes en las insurrecciones de los pueblos, y dió libertad al resto, y ordenó á los capitanes españoles que en lo sucesivo no aprehendiesen mujeres ni muchachos, sino que buscasen á los que culpa principal habían tenido en el levantamiento y en la muerte de los españoles.

Como generalmente la gratitud de los pueblos para quien los salva de un peligro, dura tanto como el peligro mismo, y desapareciendo éste se torna por lo común en aversión y hasta en odio, los vecinos de Santi-Esteban, y principalmente los españoles que con Garay habían venido y que con su conducta habían provocado aquella sublevación, una vez desaparecido el peligro, libre y provista la villa y vencido el enemigo, comenzaron á murmurar de Sandoval y á conspirar contra él, convocando á todos los de Garay y tramando levantarse con la provincia. Encubrían sus malas pasiones con honroso pretexto, alegando disgusto porque el teniente de Cortés había encomendado las operaciones militares á los viejos conquistadores sin contar con los capitanes de Garay ni con el hijo de éste, que allí estaba en calidad de Adelantado.

Curioso es el razonamiento que Bernal Díaz del Castillo pone en boca de Sandoval, dirigido á los descontentos cuando alcanzó á saber lo que ellos murmuraban y disponían, y aunque esa clase de discursos conservados por la tradición merezcan poco valor histórico, éste, siquiera por ser tan corto y dar muestra de las ideas y el modo de expresarlas que entre aquella gente predominaba, merece transcribirse. Dice así: «Señores, en lugar de me lo tener á bien, como »gracias á Dios os hemos venido á socorrer, me han »dicho que decís cosas que para caballeros como sois »no son de decir: yo no os quito vuestro ser y honra »en enviar los que aquí hallé por caudillos y capitanes; »y si hallára á vuesas mercedes que érades caudillos, »harto fuera yo de ruin si les quitara el cargo. Querría »saber una cosa: ¿porqué no lo fuistes cuando estábades

«cercados? Lo que me dijistes todos á una es, que si
 «no fuera por aquellos siete soldados viejos, que tuvié-
 «rades mas trabajo; y como sabian la tierra mejor que
 «vuestras mercedes, por esta causa los envié; así que,
 «Señores, en todas nuestras conquistas de México no
 «mirábamos en estas cosas e puntos, sino en servir
 «lealmente á su Magestad: así os pido por merced que
 «desde aquí adelante lo hagais, e yo, no estaré en esta
 «provincia muchos dias si no me matan en ella que me
 «iré á México. El que quedáre por teniente de Cortés
 «os dará muchos cargos e á mí me perdonad.»

Vencidos los enemigos, Sandoval con horrible cruel-

dad, hizo quemar á cuatrocientos de los principales¹; nombró autoridades de Santi-Esteban del Puerto y escribió á Cortés la relación de todo lo acontecido.

El conquistador de México contestó á Sandoval dándole el parabién por el término de aquella campaña y prodigando alabanzas á su valor, actividad y energía; y envió al alcalde Diego de Ocampo para hacer las averiguaciones y justicia conveniente en los de Garay, que con sus bandos y rencillas no dejaban asentar la paz en la provincia.

Llegó Ocampo á Santi-Esteban, comenzó á formar los procesos, y conforme á las instrucciones que llevaba



Sitio de la ciudad de México, por Cortés. (Tomado de las *Décadas* de Herrera, edición de 1726)

de Cortés, notificó el destierro de la provincia á varios de los principales de Garay previniéndoles saliesen inmediatamente para las islas ó para México, según que les fuera más agradable ó conveniente. Entre los desterrados encontrábase Juan de Grijalva á quien Cortés envió dos mil pesos por si quería volverse á Cuba. Casi todos los de Garay se embarcaron y se fueron para las islas.

Regresaron á México Sandoval y Ocampo, dejando por capitán en la provincia á un llamado Vallecillo, y terminaron por entonces las sublevaciones del Pánuco.

Los enemigos de Cortés procuraron, no sólo en Nueva España sino en la corte, hacer entender que aquella sublevación había sido provocada por el mismo Cortés, que había ordenado á los naturales del Pánuco se levantasen en armas y matasen á todos los españoles de Garay, con el objeto de verse libre de ellos.

Tal cuerpo llegó á tomar esta maliciosa relación, que uno de los cargos del proceso del Conquistador es que Cortés había mandado castigar á los sublevados, después de haber sido él quien ordenó la insurrección, y así se lee en el cargo LXI: «Y el dicho Hernando invió á Sandoval con xente para castigar los dichos indios, los quales indios al tiempo que los quemaban descian: «¿Sandoval, porque nos quemas?» el qual dicho

Sandoval le respondió, que «porqué habian muerto los cristianos;» é ellos dixeron, «que si los habian muerto, que habia sido que los indios de *Mexico* les fueron á decir que *Malinche* les mandaba que los matasen;» y este nombre *Malinche*, llaman los indios al dicho don Hernando, e así es público que le llamaban este nombre; e que no embargante esto, los quemó el dicho Sandoval.»

A pesar de que con tanta más facilidad se creen en el mundo las calumnias contra los hombres prominentes, cuanto más absurdas son y más inverosímiles, ninguno de los historiadores se ha atrevido á culpar á Cortés de haber ordenado las insurrecciones del Pánuco; y al contestar el cargo, el conquistador de México refiere sencillamente las naturales causas de aquel levantamiento, y rechaza la *malvada intención* con que en su residencia se había asentado la declaración que dió origen al cargo.

Y en efecto, tal era el poder de Cortés en la Nueva España, que después de haber desarmado á Garay, poco tenía que temer de los que habían acompañado al gobernador de Jamaica, y hubiérale bastado dar una orden

¹ Cuarta carta de relación de Cortés. Edición de México en la imprenta del gobierno año de 1770, pág. 366. Cargos hechos en su residencia á Hernán Cortés.—*Documentos inéditos de Indias*, tomo XXVII, pág. 39.

para que los principales de ellos hubieran salido para las islas, sino que el interés ó el temor habrían hecho de ellos adictos servidores de Cortés.

Previendo sin duda que podrían llegar á hacerle cargo semejante, desde el mes de diciembre de 1523 Cortés había mandado levantar una información, en la que declararon como testigos algunos de los que habían venido con Garay, para hacer que constase, además de la relación de los aprestos, viajes, desembarco y éxito de la expedición del Adelantado, el hecho de que encontraron la provincia completamente pacífica, y que los desmanes de los soldados del gobernador de Jamaica habían encendido los ánimos de los naturales del país, provocando aquel levantamiento ¹.

Tranquilo el ánimo de Cortés con la llegada á México de Francisco de Garay, y causándole pocos sobresaltos las insurrecciones de los naturales del país, resolvió llevar á cabo el plan que ya á punto de efectuarse tenía cuando el gobernador de Jamaica desembarcó en el río de Las Palmas, es decir, la expedición á las Hibueras y la conquista de Guatemala.

Las relaciones de conquistas y descubrimientos exageradas por el vulgo, pasaban de una á otra parte de la América entre los capitanes que en tales empresas andaban por el continente.

Centro de todas esas leyendas fabulosas era la isla de Cuba, adonde llegaban navíos, bergantines, carabelas, pataches y fustas, llevando mitológicas relaciones de lo que algún capitán descubría ó conquistaba, y tomando de allí otra noticia, no menos fantástica y exagerada, iban con ella á aumentar la ambición y la codicia de los conquistadores.

Cada uno de los que había ocupado y poblado alguna parte del territorio americano, pensaba que más adelante serían más fértiles las tierras, más ricas las minas, más poderosos los reinos y más grandes las ciudades; y esta idea se conservó hasta los tiempos de don Antonio de Mendoza, virey de México, en que, no satisfechos los conquistadores con las ricas y extensas provincias que ocupaban, enviaron expediciones en busca de las fabulosas ciudades de Cibola y Quibiria.

Además, cada conquistador juzgaba que lo que otro había descubierto y poblado era mejor, y cada uno se apresuraba á extender los límites de su capitulación y se empeñaba en pedir al rey mayores concesiones. De aquí tantas luchas entre los conquistadores en América, y tantas intrigas entre sus protectores y parciales en España.

Hasta Cortés habían llegado las noticias de los descubrimientos y conquistas de Pedrarias Dávila por la América Central, y temiendo que esas conquistas se

extendiesen hacia el rumbo de Guatemala, pretendió adelantarse enviando una armada que por el mar del Norte fuera á la conquista de la tierra que llamaban de las Hibueras, con el objeto de poner una barrera á las invasiones de Pedrarias Dávila, dejando el cuidado de conquistar la tierra á la expedición que llevaba Pedro de Alvarado.

También andaba en negocio de descubrimientos por Nicaragua Gil González de Avila, que por esos días aprestaba una armada en la Isla Española para volver al continente. Pedrarias Dávila, con quien Gil González tenía antiguas rencillas sobre ocupación y población de la tierra, había enviado á Francisco Hernández de Córdova con alguna tropa para oponerse al desembarco de Avila.

Cortés, durante todo el tiempo de la expedición de Pedro de Alvarado al Pánuco, estuvo pagando á los marineros y capitanes de los navíos en que debía ir Cristóbal de Olid á las Hibueras.

Con el objeto de proveer la armada de los víveres necesarios, no sólo para el viaje sino para que las tropas de desembarco pudieran mantenerse sin necesidad de exigir víveres á los pueblos y á fin también de hacer algunas compras de caballos, armas y pertrechos de guerra, Cortés había despachado anticipadamente para Cuba á Alonso de Contreras y á García de Llerena.

Los gastos de aquella armada fueron muy considerables para Cortés, por el excesivo precio de las mercancías que se tomaron para la provisión de los navíos; y se ve por la cuenta de esa compra que la fanega de maíz valía dos pesos de oro, la de frijoles cinco, la arroba de aceite tres, la de vinagre cuatro, cuatro un quintal de estopa, cuatro un puñal, ocho una espada, diez una ballesta y hasta ochocientos un caballo, y los sueldos eran tan elevados, que un maestre de nao ganaba hasta seiscientos pesos cada mes.

Embarcóse Cristóbal de Olid el día 11 de enero de 1524 en el puerto de Veracruz, al que Cortés llamaba San Juan de Chalchicueca, llevando cinco navíos grandes y un bergantín, con cuatrocientos hombres de desembarco, treinta caballos y algunos tiros ó cañones de artillería.

Según dice Bernal Díaz, la despedida de Cortés y Cristóbal de Olid fué tan cariñosa, que nadie pudo suponer lo que Olid había de hacer después. Cortés le dió muchas instrucciones y consejos, y terminó diciéndole: «Mira, hijo Olid, de esa manera lo procura de hacer.»

Seguramente que al partirse de allí el capitán de aquella expedición no había concebido aún el pensamiento de rebelarse contra Cortés y alzarse con la armada. Posteriores sugerencias de los enemigos del conquistador de México, de los parciales de Diego Velázquez y de los resentidos compañeros y amigos de Garay le arrojaron por ese camino.

¹ Documentos inéditos del Archivo de Indias, tomo XXVI, pág. 115.

Sin embargo, en la travesía de México á Veracruz y de allí á la Habana, aquella semilla, sembrada en el corazón de Cristóbal de Olid sin duda por el capitán Briones, que iba en su compañía y era hombre inquieto, díscolo y turbulento y además enemigo de Cortés, debió haber germinado, porque al encontrarse en la Habana Olid con Francisco de Montejo, que volvía de España, ya le manifestó profundo resentimiento contra Cortés, quejándose amargamente de los malos tratamientos que de él había recibido.

Hernán Cortés, como todos los hombres superiores, fijábase poco en las ofensas que había hecho á los que de él recibieron grandes distinciones; creía que una franca reconciliación borraba hasta la huella de aquellas heridas y suponía que, como él, todos los que le seguían, olvidaban las ligeras disensiones de aquella vida común para no recordar sino el cariño, la distinción y los favores alcanzados.

Cristóbal de Olid había caído algunas veces accidentalmente de la gracia del conquistador español, como sucedió en los días de la llegada de Cristóbal de Tapia; pero después volvió á ocuparle en una expedición á



Retrato de Olid. (Tomado de las *Décadas de Herrera*, edición de 1726)

Zacatula, y le dió una gran prueba de confianza nombrándole jefe de la armada que iba á la conquista de las Hibueras.

Notable es también que uno de los cargos que se hicieron á Hernán Cortés en su residencia, fué el de haber armado solemnemente caballero á Cristóbal de Olid en Coyoacán, poco tiempo después de la toma de México.

Quizá apagados rencores de Cristóbal de Olid, hábilmente explotados por los enemigos de Cortés, contribuyeron, uniéndose al natural ambicioso y turbulento de aquel hombre, á decidirle para levantarse con la armada.

Llegando á Cuba, recibió Olid lo que preparado tenían los enviados de Cortés para la expedición; tuvo largas conferencias con Diego Velázquez, según dice Bernal Díaz, y con Andrés de Duero, Juan Ruano, el bachiller Parada y el previsor Moreno, según el cronista

Herrera, que acabaron de confirmarle en su intento de desconocer á Cortés, y llevóse desde allí en su compañía á algunos de los principales de Garay que habían llegado ya desterrados del Pánuco.

Desembarcó Cristóbal de Olid cerca del cabo de Gracias á Dios, y á treinta leguas del lugar en que se había establecido Gil González de Avila. Habiendo éste fundado un pueblo, al que puso por nombre San Gil de Buenavista, formó Olid una villa á la que llamó el Triunfo de la Cruz, por haber aportado allí el 3 de mayo de 1524.

Los capitanes que llevaban alguna expedición á tierras nuevamente descubiertas, miraban con desconfianza á todo otro conquistador ó poblador que, aunque de su misma nación, cerca anduviese, y generalmente causaba mayor alarma entre ellos la noticia de la aproximación de gente española que de naturales del país.

Gil González supo la llegada de Cristóbal de Olid y su asiento en el Triunfo de la Cruz, y envió en un bergantín á Rodrigo de Manzanas, á Fernán Gutiérrez Galdín, á Bernardino Mora y á otros á llevar cartas á Cristóbal de Olid y á explorar su voluntad y su campo. Un día y una noche estuvieron los mensajeros en el Triunfo, pero no pudieron hablar con Olid porque había ido por tierra en busca de Gil González de Ávila, dejando por su teniente en la villa á Gabriel de Cabrera. Escribió también á Sancho Esturiano, capitán de Cristóbal de Olid, ofreciéndole que Andrés Niño, el piloto, lo auxiliaría en cuanto necesitase, y expresando su deseo de estrechar amistades con Olid y los suyos. Al principio el empeño de formar alianza entre las dos tropas de Gil González de Ávila y de Cristóbal de Olid, estaba de parte del primero de estos dos capitanes, porque andaba próximo Francisco Hernández de Córdova, teniente de Pedrarias Dávila, y Gil González quería contar con el auxilio de Olid; pero después llegaron noticias de que Alvarado venía por tierra con orden de atacar á Cristóbal de Olid, y entonces éste creyó conveniente contar con el apoyo de la gente de Gil González ¹.

A su llegada á las Hibueras, Olid fingió, por no descontentar á los amigos de Cortés que con él iban, obediencia y respeto á las instrucciones que recibido había del conquistador de México, y nombró por autoridades en la nueva puebla á los que Cortés le había señalado, tomando posesión en nombre del rey y de Hernán Cortés. Además, no se atrevía á alzarse abiertamente hasta no estar cierto de si la tierra era rica, buena y bien poblada, pues caso de no serlo, podía volverse á México en donde tenía á su mujer, doña Felipa de Araujo, portuguesa y rica, y buenos reparti-

¹ Información sobre la llegada de Gil González y de Olid á las Hibueras, levantada en la Habana el año de 1524. — *Documentos inéditos de Indias*, tomo XIV, pág. 25.

mientos de indios que Cortés le había dado cerca de México.

Comenzó después á explorar la tierra, encontró el fértil valle de Naco, y comunicándose amistosamente con Gil González, que ya había batido y derrotado á uno de los tenientes de Francisco Hernández de Córdova, llamado Soto, celebró alianza con él, y desde entonces, sin disimulo, alzóse con la armada y la tierra y comenzó á pregonar todos los bandos en nombre del rey y suyo, sin hacer ya mención de Hernán Cortés.

Los olores de Santo Domingo temieron un rompimiento entre Gil González y Cristóbal de Olid, sabiendo, por los oficiales reales que estaban en la Habana, que ambas expediciones habían llegado á la misma tierra.

Pero estos temores subieron de punto cuando pasado el tiempo vino á su conocimiento que Pedrarias Dávila enviaba á Francisco Hernández de Córdova con gran refuerzo de gente de á pié y de á caballo contra Gil González, y que Hernán Cortés, sabedor de la desobediencia de Cristóbal de Olid, mandaba contra él á Pedro de Alvarado por tierra y preparaba una armada que, á las órdenes de Francisco de Las Casas, viniese al golfo de las Hibueras á bloquear el puerto que había poblado Olid, impidiendo la entrada y salida de todos los navíos.

Avisaron de todo al rey, y obtenidas sus contestaciones enviaron al bachiller Pedro Moreno, fiscal de la Audiencia, en una carabela, dándole las instrucciones que el monarca español mandó á propósito de este negocio y las más que creyeron conveniente comunicarle ¹.

¹ «Dice así la parte final del poder Real otorgado al Br. Pedro Moreno, fiscal de la audiencia de la Isla Española para arreglar las diferencias entre las armadas que habían ido al descubrimiento y población del golfo de las Hibueras y de otras partes: «Por que vos mandamos que luego os embarquéis en el navio que por nuestro oficiales en nuestro vos será dado, e partais del puerto de Santo Domingo de la Isla Española, e vais al dicho golfo de las Higueras e á cualesquiera partes e provincias á do los capitanes están, e los notifiqueis a ellos e á cada uno dellos la provision e provisiones e otros despachos e proveimientos que de nos e de la dicha Audiencia Real llevais, e así notificados, lo tomeis por testimonio por ante el escribano que con vos vá, e las hagais guardar e cumplir e todo e por todo como ellas se contiene, sin que contra ello se vaya ni pase por alguna manera; e otrosí se os comete e manda que si demas de lo suso dicho que al presente se provee, se obiero ofrecido e ofreciere entre las unas armadas e las otras e la gente dellas algunas cosas, de calidad que convengan con toda brevedad proveerse e remediarse, lo podais prover e mandar como os pareciere que mas conviene á nuestro servicio, haciendo cerca dello todos los mandos, proveimientos exenciones e otras diligencias que bien visto vos fuere; e así mismo se vos da poder e comete para que podais facer e fagais todas e qualesquier informaciones y pesquisas, en razon de lo suso dicho e de otras cualesquier cosas á esto tocante, que os pareciere; para lo qual hagais parescer ante vos á qualesquier personas de quien entenderdes ser informado, á las quales mandamos que comparezcan ante vos e á vuestros llamamientos e emplazamientos, en los lugares e á los plazos, e so pena las penas que les pusierdes, las quales nos les abemos por puestas, e vos damos poder para las executar en sus personas e bienes de los desobedientes e los que rebeldes fueren; e para hacer e cumplir lo suso dicho podais traer e traigais vara de justicia desde el día que partierdes desde el puerto de Santo Domingo hasta que volvais á la dicha isla Española; e vos mandamos que para todo lo suso dicho que obierdes de hacer e proveer guardéis e cumplais la instruccion que por la

Eran esas instrucciones: que fuese ante todo á la Habana á adquirir noticia de lo que pasaba por las Hibueras:

Que procurase encontrar la armada de Francisco de Las Casas y notificase á éste una provision de la Audiencia en nombre del rey, ordenándole que tornase inmediatamente á Nueva España, de donde había salido, y no anduviese estorbando ni perturbando la marcha de los navíos en el golfo de las Hibueras, pues si algún derecho creía tener Cortés, podía presentarse á la Audiencia que le haría entera y cumplida justicia:

Que llegando al golfo de las Hibueras, diese á Gil González de Ávila y á Cristóbal de Olid las provisiones reales por las que se mandaba que ambos obedeciesen á la Audiencia de la Española, entendiéndose con ella directamente, y que les notificase que poblasen y descubriesen pacíficamente unos con otros, hasta que el rey decidiese lo que convenia:

Que fuera á encontrar á Francisco Hernández de Córdova y le notificara otra provision para que dejase poblar y pacificar libremente á Gil González y á Cristóbal de Olid, que esto era sin perjuicio de los derechos que Pedrarias podía tener:

Que fuese también en busca de Pedro de Alvarado, haciéndole igual notificación que á Francisco Hernández de Córdova.

La Audiencia escribió, además, á todos estos capitanes, encargándoles que obedeciesen y cumpliesen todas estas provisiones, y que todo el oro, plata, perlas y joyas que hubiese del quinto real ó de regalos para el rey lo entregasen al bachiller Moreno, á fin de que él lo llevase á la Española y se remitiera de allí á España.

Para hacer los gastos de la compra de la carabela y pago de los tripulantes, la Audiencia de la Española, pretendiendo ahorrar los caudales del rey, determinó que los oficiales reales compraran zapatos, víveres y otras cosas á propósito para los pobladores del continente y se cargaran en la carabela; comisionándose á Juan de Logroño para que lo vendiese todo, en llegando,

dicha nuestra Audiencia Real vos será dada, por la cual todo lo que dicho es e para cosa dello e para lo á ello anexo e dependiente, en qualquier manera, vos damos poder cumplido segund que de derecho se requiere, con todas sus incidencias e dependencias anexidades e conexidades; e mandamos á los dichos capitanes e a cada uno dellos y á sus lugares tenientes y á los consejos, justicias, regidores, caballeros, escuderos, oficiales e omes buenos, de qualesquier partes e lugares de las dichas tierras e provincias, que cumplan e hagan guardar e cumplir todo lo que así vos en nuestro nombre proveydes e mandardes a cerca de lo suso dicho tocante, e vos den e hagan dar para que así se cumpla e guarde todo el favor e ayuda que les pidierdes e demandardes; á los unos e los otros no fagades ni fagan ende al, por alguna manera, so pena de la nuestra merced e perdimiento de todos sus bienes, titulos e mercedes e privilegios que de nos tengais, aplicado para nuestra cámara e fisco, so la qual dicha pena mandamos á cualquier escribano, que para esto fuese llamado, que de ende al que se la mostrare testimonio signado con su signo, para que nos sepamos en como se cumple nuestro mandado.»

al mejor precio, aprovechando las ganancias en el pago de lo gastado en aquella expedición ¹.

Embarcóse el bachiller Moreno tan pronto como estuvo lista la carabela; pero por más diligencia que puso en llegar á las Hibueras, su viaje fué de poca utilidad, porque trágico desenlace habían tenido ya los acontecimientos en aquella parte del continente.

Aunque en las islas, en el continente americano y en España misma, había corrido la noticia, generalmente creída, de que Pedro de Alvarado iba con tropas de Cortés contra el rebelde Cristóbal de Olid, esto no era una verdad, y muy lejos estaba de serlo, aunque las apariencias pudieron haber engañado á muchos.

Alvarado salió de México poco tiempo después que Olid, y cuando Cortés no podía ni aun sospechar la rebelión de éste, y además el objeto de aquella expedición, que era conquistar y pacificar los reinos de Utatlán y de Guatemala.

La nueva de que Cristóbal de Olid se había alzado con la armada tardó muchos meses en llegarle á Cortés, y cuando lo supo indignóse tanto que quiso salir personalmente con una armada en busca del rebelde capitán, y al efecto comenzó inmediatamente, haciendo los aprestos necesarios, á preparar aquella expedición.

Por aquellos días llegó á Nueva España y después á México Francisco de Las Casas, que estaba casado con una prima hermana del Conquistador. Las Casas era hombre para cualquiera empresa, atrevido, valeroso, inteligente y leal. Cortés, que conocía perfectamente las cualidades de Las Casas, alegróse en extremo de su llegada, y confióle sin vacilar el mando de la armada y el encargo de ir á castigar á Cristóbal de Olid ².

Las Casas aceptó gustoso aquella comisión, y con dos navíos grandes, uno pequeño y una fusta, que hiciese el servicio de provisión de víveres en la armada, salió de Veracruz y se dirigió al golfo de Honduras.

No era precisamente atacar á Cristóbal de Olid la orden que Cortés dió como principal á Francisco de Las Casas; encargóle, antes que todo, que impidiese toda comunicación entre las Hibueras y las islas, estorbando el paso de todos los navíos que navegasen por allí, con objeto de que ninguno de aquellos disturbios llegase á conocimiento de la Audiencia de la Española, y mucho menos del rey y de la corte, porque temía que el monarca diese su aprobación á la conducta de Olid para evitar rompimientos y escándalos y que le fuera imposible por eso castigar la falta y vengar el agravio. Pero

al pasar por la isla de Cuba, la fusta se desprendió de la armada con dos hombres que desertaron y fueron á dar á la villa de San Cristóbal de la Habana en momentos que pudieron ser vistos por varios vecinos de aquella villa, entre los cuales se encontraba Juan Bono de Quexo, Diego de Melena y Juan Almagro.

Llegó este suceso á noticia de Manuel de Rojas, que entonces estaba por teniente gobernador en la isla, y aunque era pariente de Cortés, había servido de procurador en España á Diego Velázquez.

Manuel de Rojas hizo levantar una información, y los testigos, que fueron Quexo, Melena y Almagro, dijeron lo de la fusta que venía desertada y también de otros seis marineros que andaban fugitivos por la villa de San Cristóbal y todo lo que por ellos se supo de la armada de Francisco de Las Casas.

Informó Manuel de Rojas á la Audiencia de la Española, ésta á la corte, y el rey dictó las provisiones que dieron por resultado la salida del bachiller Ortega para el continente.

Francisco de Las Casas, sin ser apercibido de las gentes de Cristóbal de Olid, hizo un desembarco en el Puerto de la Sal, á dos leguas del Triunfo de la Cruz, y aprehendió allí á dos hombres de los de Olid y les apremió para que le diesen relación de la gente que les acompañaba y de todo lo que había hecho el capitán rebelde desde su salida de la Nueva España.

A tiempo que esto pasaba, Cristóbal de Olid, después de haber hecho las paces y sometido á la corona de España los caciques de los pueblos de Corimoa, Encúa, Quinintán, Cala, Tipetuco, Calimonga, Calut, Nacuara y otros, llegaba al Triunfo de la Cruz á recibir un navío de Diego de Aguilar y otro de Camacho que traían bastimentos y mercadería.

Francisco de Las Casas, oída la relación que le dieron los dos prisioneros, se dirigió al Triunfo de la Cruz, y allí, después de un ligero cañoneo con los dos navíos que estaban en el puerto, se apoderó de ellos antes que hubiesen acabado de descargar. Cañoneó al pueblo lo más que pudo durante algún tiempo, y se retiró enviando después unos comisionados á hablar con Cristóbal de Olid.

Estos comisionados, que fueron Hernando de Sayavedra, el bachiller Ortega y un Orduña, sin duda el escribano que fué al Pánuco, pretendieron que Olid se diese por Cortés, volviendo á su obediencia; no alcanzando concierto, tornaron á embarcarse los enviados con Francisco de Las Casas, y éste se dió á la vela mar adentro, sin duda para vigilar las embarcaciones que venían de las islas.

Pero desencadenóse repentinamente uno de esos vientos del norte, que tan terribles estragos causan en el seno mexicano, y con tal ímpetu sopló, que dió al través con la armada de Francisco de Las Casas y con los navíos que apresados llevaba. Ahogáronse más de

¹ Instrucción que dió la Audiencia de Santo Domingo á su fiscal Pedro Moreno. — *Documentos inéditos de Indias*, tomo XIII, pág. 462.

² Este Francisco de Las Casas, en compañía de Rodrigo de Paz, primo de Cortés, llegaron á México trayendo las provisiones reales con el nombramiento de Hernán Cortés como gobernador y capitán general de la Nueva España. Obsequiáronles mucho en México; á Rodrigo de Paz le nombró Cortés su mayordomo y á Francisco de Las Casas le dió la rica encomienda de Iauhuitlán en la provincia de Oaxaca.

cuarenta hombres, y lograron salvarse Las Casas con otros de los que le acompañaban, llegando á tierra desnudos, lastimados é inermes.

Cristóbal de Olid, que supo aquello, salió con gente en busca de los náufragos, y llegó á encontrarlos cerca del Triunfo de la Cruz, á la margen de un río, por donde habían vagado por más de tres días sin alimento ni refugio.

Pero en lugar de tratarles con dureza ó vengar en ellos agravios, les proveyó de todo lo necesario, y acogiéndoles amigablemente llevó á vivir á Francisco de Las Casas á su mismo alojamiento, después de haberle hecho jurar que no haría armas contra él ni seguiría más á Cortés.

Algunos días permaneció Olid en el Triunfo de la Cruz, teniendo á su lado al prisionero, y después partió con él y con alguna gente para el real que tenía establecido en el interior del país.

En el camino le llegó noticia de que el capitán Briones, á quien había dejado por maestre de campo en el real, se había levantado rebelde con toda la gente que tenía, según unos de concierto con los dispersos de Francisco de Las Casas, ó de acuerdo, según otros, con los de Gil González de Ávila. Detúvose con estas noticias Olid en un pueblo que llamaban los españoles Teplentepalca, y allí supo por sus exploradores que no lejos andaba Gil González de Ávila con alguna gente española. Envió mensajeros á rogar á Gil González que se llegase á hablar con él; no presentó éste dificultad alguna, y reunióse poco tiempo después con Olid.

Recibióle éste con grandes muestras de cariño, pero desde ese día, sin duda como lo creían los soldados, porque le juzgaba culpable de la rebelión de Briones, le tuvo á su lado, aunque disimuladamente, como prisionero en unión de Francisco de Las Casas.

Pasó así mucho tiempo viviendo los tres capitanes juntos y como amigos, en varios pueblos de los que había pacificado Olid; y aunque Francisco de Las Casas le urgía porque le diese libertad con el pretexto de volver adonde estaba su mujer y los suyos, Olid, sin mostrar alteración, antes con semblante risueño, difería para más adelante el acceder á la solicitud del prisionero.

Hasta entonces la suerte de Olid parecía haber sido semejante á la de Cortés. Aquel capitán se alzó con la armada que le entregó Diego Velázquez como Olid con la que recibió de Cortés. Narváez, enviado por el gobernador de Cuba para castigar á Cortés, había, como Francisco de Las Casas, perdido su expedición y caído prisionero en poder del enemigo á quien iba á combatir, y hasta las reales provisiones ordenaban ya al conquistador de México que no emprendiese hostilidades contra Olid, como se previno á Diego Velázquez y á Garay que no inquietasen al gobernador de Nueva España. Pero Olid carecía de la astucia de Hernán Cortés, y su

falta de previsión le perdió en el momento en que iba á afirmar su conquista.

Una noche cenaban en el pueblo de Naco Olid, Las Casas y Gil González de Ávila; era un domingo que alegres habían pasado en cacerías y diversiones. Terminada la cena, los sirvientes se habían retirado y departían contentos los tres capitanes, cuando repentinamente Francisco de Las Casas, sacando un cuchillo de escritorio que oculto llevaba, tomó á Cristóbal de Olid por la barba y le hirió en la garganta diciendo: *Compadre, se pagan las cosas mal hechas*. Gil González de Ávila se arrojó también con una daga sobre Olid, y lo mismo hicieron Becerra, Hurtado, Gonzalo López, Peña, Núñez y algunos otros que allí estaban comprometidos de antemano para asesinar aquella noche á Cristóbal de Olid.

A pesar de que por hacer inútil alarde de valor acostumbraba Olid andar desarmado entre sus prisioneros, como era hombre que poderosa fuerza muscular alcanzaba, logró escapar de las manos de los asesinos, y saliendo del pueblo favorecido por la oscuridad de la noche fué á ocultarse en un bosque de los alrededores.

Consumada tan infame traición, Las Casas, Gil González de Ávila y sus cómplices comenzaron á dar voces apellidando al rey y á Cortés y gritando «muerto es el traidor.» Los criados y parciales de Olid, espantados, no se atrevieron á tomar la defensa del capitán, ocultáronse, y algunos que se presentaron fueron maltratados y heridos.

Pregonóse inmediatamente pena de la vida para el que ocultase á Cristóbal de Olid, y Las Casas y Gil González salieron con gente en su busca.

Olid, mal herido, envió á un clérigo á decir desde donde se encontraba, que se le hiciese gracia de la vida; los asesinos ofrecieron que ningún mal le harían; pero apenas le tuvieron en su poder, le mandaron degollar en la plaza de Naco, adonde fué llevado esa misma noche, y con voz de pregonero que iba repitiendo en el camino: «Esta es la justicia que manda hacer Gil González Dávila, capitán de Su Magestad, e Francisco de Las Casas, capitán por Hernando Cortés, con este hombre por tirano e usurpador de las tierras del Rey, mandarle degollar.»

La cabeza de Cristóbal de Olid, separada del tronco, se clavó por la boca en una escarpia en medio de la plaza y permaneció allí hasta las doce del siguiente día ¹.

Así terminó su vida aquel hombre que en tantos peligros y aventuras había acompañado á Cortés y que, sin duda, de la conducta de éste tomó lección para normar la suya.

Cristóbal de Olid, según refiere Bernal Díaz, «era

¹ Información levantada por el Br. Pedro Moreno, año 1525.—*Documentos inéditos del Archivo de Indias*, tomo XIV, pág. 236.

valiente por su persona, así á pié como á caballo; era extremado varon, mas no era para mandar, sino para ser mandado, y era de edad de treinta y seis años, natural de cerca de Baeza ó Linares, y su presencia y altor, era de buen cuerpo y membrudo y de grande espalda, bien entallado e algo rubio, y tenia muy buena presencia en el rostro, y traia el bezo debajo siempre

como hendido á manera de grieta: en la plática hablaba algo gordo y espantoso, y era de buena conversación."

La rebelión de Olid fué la causa de la expedición de Cortés á las Hibueras, célebre tanto por los desastres que en ella sufrieron los españoles, como por las consecuencias que en el gobierno de la colonia tuvo la ausencia del conquistador de Nueva España.